

VENEZUELA: PROYECTO NACIONAL Y PODER SOCIAL

Germán Carrera Damas

(Publicaciones del Vicerrectorado Académico, Mérida-Venezuela, 2006)

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Luis Ricardo Dávila

LA PERMANENCIA HEROICO-POLÍTICA

*“Hay una articulación secreta entre individuo,
grupo y clase social que los historiadores apenas rozan”.*

G.C.D.

2004

Reconocer la existencia de esta secreta articulación arroja ya los primeros rasgos del tipo de historia y de historiador que tenemos al frente. Más allá de la recopilación de datos del pasado vaciados de contenido o de la exaltación de la epopeya histórica, la figura del historiador crítico domina la escena de las páginas que siguen. Identificar un problema subyacente a toda sociedad y, luego, reconocer que sus pares de oficio, apenas le rozan deja un cierto aire de íntima insatisfacción que ha de ser resuelto. Para eso no le han bastado cincuenta largos años de vida intelectual. Nuestro autor no ha cesado de indagar la condición histórica de la realidad social sobre las bases del inmenso edificio del saber por él mismo construido. Es que esta articulación secreta no vale la pena analizarla con rígidas posturas racionales, como quien busca cerrar un capítulo olvidando lo observado para apresurarse a abrir otro. Hay que acariciar sus distintos costados y estar alerta a las nuevas formas en que la cosa se despliega una y otra vez, sin que la frase desborde el contenido, siempre de cara a su responsabilidad. Los vínculos entre individuo, grupo y clase social contienen en sí mismos la lógica de la propia historia. Pensar esos vínculos implica concebir la historia en términos de fuerzas sociales, lo cual no ha sido muy común entre nosotros. Más bien ha prevalecido la historia épica, heroica; historia de biografías, de batallas, de grandes nombres vaciados de su contenido político y social.

Han pasado veinte años desde la primera y única edición de este libro, pero en realidad ha transcurrido más tiempo porque cada uno de los trabajos que le componen fueron escritos hace más de un cuarto de siglo; en otros tiempos, bajo diferentes condiciones, con hombres distintos y a la luz de otros ideales. Y, sin embargo, la problemática planteada es hoy la misma. El autor se refuerza en la tenacidad, único camino para comprender cabalmente un tema, para dibujar la raíz y el rostro de la realidad. “Hoy es siempre todavía”, nos amonesta el poeta. Germán Carrera Damas (GCD) parece siempre estar escuchándolo. Su paso y peso sobre la historia de Venezuela y de América Latina le ha llevado a construir un concepto de contemporaneidad que contiene las claves de su propio discurso: “la unidad inquebrantable de lo histórico”.

DISCURSO HISTÓRICO Y PODER

Acaso de manera apresurada y esquemática pueda afirmarse que el discurso histórico es algo más que contar el pasado de las sociedades –individuos, grupos, instituciones o clases sociales– anecdótica o interpretativamente. Su trama siempre ha estado emparentada con los rituales del poder. En tal sentido, el discurso de lo histórico es otro de los mecanismos que produce en la realidad una justificación y un reforzamiento del poder existente. La relación es bien compleja y por ello fascinante. El discurso histórico necesita del poder para amplificar su influencia sobre la sociedad pero, a su vez, el poder requiere de la palabra de la historia para legitimar sus acciones e intensificar su esplendor. Hubo un tiempo en que GCD estuvo seducido por escribir una historia del poder en Venezuela, no tanto desde el modelo jurídico de la relación de soberanía que presupone al individuo como sujeto de derechos naturales o de poderes originarios, sino a partir de la relación misma, por cuanto es ésta la que determina los elementos entre los cuales se mueve la verdadera naturaleza del poder en una sociedad como la venezolana. El poder siempre ha sido un tema explícito y central en su obra.

En general, puede decirse que tras su escritura histórica –especialmente en el libro que el lector tiene entre sus manos– siempre está el propósito de mostrar mecanismos ideológicos conformadores de la realidad “sociopolítica” que permiten, a su vez, formular discursos teórico-políticos justificadores de una estructura de dominación. Su punto de

partida en la indagación histórica es comprender cómo los procesos adquirieron no sólo su estatus social o político, sino también su densidad epistemológica específica; cómo las diversas afirmaciones y proposiciones se convirtieron en convenciones largamente compartidas o en ortodoxias fechadas. Como él mismo lo señala, son mecanismos y discursos los que constituyen “el plano más alto del nivel ideológico del proyecto nacional”.

Para demostrar esto se construye un conjunto temático que apunta indeteniblemente a la trama de la estructura de poder de las sociedades implantadas¹ latinoamericanas en su estadio colonial o nacional. El logro no es otro que discernir la estructuración del poder social. Abordar esta vasta, compleja y dinámica realidad requiere de una estrategia intelectual que GCD centra en el concepto de *proyecto nacional*,² el cual:

condensa la compleja problemática tanto del cambio de principio legitimador de esa estructura como de la laboriosa formulación e instrumentación de la organización sociopolítica nacional.

En la construcción y uso de este concepto se podría ver una cierta tendencia a concebir la historia como compuesta principalmente por continuidades y temporalidades en un campo donde reinan los espacios y dominios discontinuos. Sin embargo, la lógica del autor nos va recomponiendo sucesivamente a lo largo del tiempo histórico el fundamento de las problemáticas subyacentes a una cierta idea de lo nacional expresada en un conjunto de proposiciones generales. Las cuales serían indicativas, a su vez, de las transformaciones ocurridas en las prácticas políticas, socio-jurídicas y en los espacios institucionales. Ello mudaría las condiciones de enunciación de los discursos que componen la trama de la historia. Se me hace que el problema no son tanto las ideas que conforman el proyecto nacional, sino las preguntas sobre las que se ancla esa laboriosa formulación e instrumentación de la organización sociopolítica nacional. Detrás de la aparente

¹ Me refiero al proceso de conformación de una sociedad en un territorio ya ocupado por sociedades aborígenes. Proceso que genera una estructura de dominación resuelta históricamente mediante la dialéctica dominador-dominado.

² En 1974, Carrera Damas elabora unas consideraciones de método y criterio para una “*Proposición de una perspectiva integral del proceso sociohistórico venezolano*”. Allí se define y desarrolla el proyecto nacional como un concepto operativo y de carácter pedagógico para explicar la conformación de la nación venezolana: “complejo ideológico formulado por la clase dominante como expresión y como factor de su dominación, en tanto opera como modelo para la organización y funcionamiento de la sociedad”, ver *Una nación llamada Venezuela*, Universidad Central de Venezuela, Dirección de Cultura, Caracas, 1980. El concepto es utilizado en este volumen para tratar el problema de la disgregación e integración nacionales.

continuidad de valores e imaginarios que acompaña este concepto, se nos revela un complejo, abigarrado y cambiante entramado ideológico-institucional. Es desde este lugar que GCD comienza a desnudar la naturaleza profunda de los dilemas que enfrenta la nueva élite gobernante en su intento por articular un orden estable, por construir una estructura de poder sobre una nueva base de legitimidad, una vez que el poder tradicional había sido indefectiblemente desarticulado durante la crisis de la sociedad colonial.

Esto, no obstante, nos remite a otro punto que no ha de soslayarse: la relación historia-presente. El realismo e inmediatismo que caracteriza el ejercicio del poder hace que la historia no pueda ser mero pasado inerte, florido, elocuente pues de nada le serviría a los gobernantes. En los tiempos más optimistas del historicismo romántico se llegó a pensar que el presente era la culminación de la historia. Había allí una clara demarcación entre un “antes” y un “ahora” por aquello de que este último no era sino resultado de la manera como habían ocurrido las cosas en el pasado. Surgió, entonces, la idea (¿acaso, la necesidad?) de una conciencia histórica, abonada desde G.W.F. Hegel y Alexis de Tocqueville hasta Max Weber, pasando por Karl Marx o Jacob Burckhardt. Esta conciencia histórica es el hilo que une todo lo pasado con nuestro presente y con lo que creemos nuestro futuro. Nutrida por una suerte de obsesión de los orígenes y busca de esencias, esta conciencia, suerte de hilo único, es nuestra mayor herencia mental, nuestra más conocida lección, nuestra mayor fuente de confusión y, paradójicamente, de identidad.

Luego, con el desarrollo de la historiografía (es decir de la historia y la escritura) moderna occidental, se llegó a creer que el ahora era sólo una de las posibilidades del antes, es decir, de la historia. Carrera Damas, con mirada telescópica hacia delante y hacia atrás, organiza otra hipótesis que va demostrando lentamente a lo largo de su obra: la historia es sólo una de las posibilidades del presente. En el discurso histórico no caben divisiones entre un antes y un después. El objeto y los enunciados del discurso de lo histórico si bien se sitúan cronológicamente en el pasado, pertenecen también al presente. Al fin de cuentas, la historia es uno de los modos en que puede constituirse el presente y resultar inteligible a partir de los materiales aportados por el pasado en un haz de procesos de corta, media y larga duración. Lo que hay que preguntar según GCD y, en efecto, es lo que subyace a cada una de las páginas del libro que presentamos, es cómo puede tener historia el presente, cómo el presente es una de las expresiones de un tiempo histórico único; y, en

consecuencia, cómo percibir “la intrincada unidad de lo histórico”. Es probable que su perspectiva de la historia admirablemente no nostálgica, la absoluta ausencia en ella de cualquier anhelo metafísico, como uno encuentra en el historicismo romántico, por ejemplo, sea atribuible a estas posturas intelectuales.

Puestas todas estas consideraciones por delante, este libro ofrece –en rigor también lo hace toda la obra del autor– una manera de estudiar la historia de las sociedades implantadas latinoamericanas, y no solamente porque introduzca metodologías de análisis o porque trate las cosas más remotas de nuestros probables ancestros, sino porque obliga a pensar de nuevo lo que por veces sabemos mal. Sus páginas nos obligan a volver sobre aquello que creíamos saber. Ante la dramática realidad de vivir en una sociedad que se nutre de una historia mal contada, *Venezuela: Proyecto nacional y poder social* es una generosa invitación a la lectura de nuestro presente desde un pasado que nos acosa, nos asfixia y nos envuelve con sabidas reiteraciones y falsos lugares comunes que no hacen más que bloquear como nación el desarrollo de la mirada alerta y el espíritu reflexivo.

EL TRAUMATISMO DE LA HEROICIDAD

Aun cuando la mayoría de los textos que componen este volumen se refieren preferentemente al siglo XIX, no podemos caer en el error de interpretar su argumentación como una suerte de juicio de éste desde el siglo XX, sino de interrogar lo que fue de este último luego de un desfile de herencias, de pasados interesadamente inflados de sentido. El siglo XIX es un axioma indispensable para pensar las naciones latinoamericanas; es la etapa histórica fundadora; constituye aquella herencia conceptual hincada en nuestra inocente convicción de que nos hicimos independientes, cuando sucedió lo contrario: dejamos de ser América y americanos para pasar a añadir a nuestro ser otras connotaciones: por ejemplo, geográficas (América del Sur, América Septentrional, Meso América) y culturales (América Latina, América Lusitana). Tamañas condiciones de posibilidad fueron otorgadas con largueza por esa época prólogo por excelencia, el siglo XIX. Algo que ya en 1828 había advertido Simón Rodríguez, el maestro de América, sin que nadie lo percatara:

“El estado de América no es el de la *Independencia*, sino el de una *suspensión de armas*”³. Acaso entre nuestras arbitrariedades cronológicas, el siglo XIX es el tiempo histórico más cargado en significados perdurables. De allí que el siglo XX no hiciera más que mistificarlo.

Es intrigante que la naturaleza de la estructura heroica de poder, uno de los fenómenos que mejor explica la historia venezolana, haya merecido siempre tan poca atención. Sobre ella se ha escrito poco, casi nada, a menudo superficialmente y en tono simplista. Este no es el caso de GCD, quien desde hace más de tres décadas invitaba a pensar sobre el tema⁴. Como para vencer la mistificación y las verdades históricas escritas con tintas acomodaticias, Carrera Damas toma y retoma los más variados temas del siglo XIX desde diferentes perspectivas, pero siempre referidos a la incesante problemática del papel del héroe en la construcción de la nación venezolana y de su estructura interna de poder⁵. Persigue el autor formas urdidas con rigor y disciplina sobre las que va construyendo la raíz y el rostro de nuestro ser histórico. De nuevo en el libro que presentamos, el tema se repite mostrando lados cada vez más dilatados: el del héroe padre de la patria, el culto heroico y la nación, su estructura de poder inherente, el papel del discurso histórico patriótico en la justificación de una estructura de dominación, los vericuetos de la disgregación e integración política y social, el pensamiento y la acción políticos de Simón Bolívar, la cuestión regional en la conformación de lo nacional.

Incluye este volumen un trabajo que, acaso *sans le savoir*, como en la frase de Moliere, expuesto por GCD en 1983 para conmemorar el bicentenario del nacimiento del héroe máximo, resultó de efectos imprevistos a la luz de cuanto ocurre actualmente en Venezuela. Se trata de “*Bolívar y el presente latinoamericano: el rescate de Bolívar*”. En

³ *Sociedades americanas* (1828), Caracas, Biblioteca Ayacucho (prólogo Juan David García Bacca; edición Oscar Rodríguez Ortiz; cronología Fabio Morales; bibliografía Roberto J. Lovera-De Sola), 1990, p.19. Cursivas en el original.

⁴ En 1969 culminaba su libro publicado el año siguiente bajo el sello de las Ediciones de la Biblioteca de su casa de estudios, la Universidad Central de Venezuela, *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*. Este trabajo reconstruye, desde la historia de las ideas, la genealogía de la estructura de poder heroico basado en la figura más que en el pensamiento de Simón Bolívar. Los argumentos allí esbozados fueron muy bien recibidos por sus pares de oficio por originales y sugestivos.

⁵ La cual se define como aquel complejo de relaciones en torno al cual se articulan instituciones, individuos, grupos y clases sociales desde el lugar de su capacidad de influencia en el diseño y marcha de la sociedad. Acá poder es sinónimo de hecho social y descansa sobre un sistema jurídico-político (formas de organización social referidas a la organización y ejercicio del poder político) y otro sistema jurídico-social (manifestaciones básicas de la vida social).

conferencia pública el autor se propuso mostrar los mecanismos ideológicos conformados sobre la base del culto a Bolívar y su proyección para aquel particular momento no sólo en Venezuela sino, en general, en América Latina, cuando uno de sus países veía flotas extranjeras invadir (¿quizás recuperar?) parte de su territorio. El rescate y la actualización de Simón Bolívar –recuerda Carrera Damas– siempre han servido de escudo a programas de acción política del más diverso signo. Las palabras del autor fueron agudas y de efectos imprevistos:

Probablemente sea el uso más extendido y frecuente del rescate y la actualización de Simón Bolívar, su pensamiento y su obra, el justificar a posteriori actitudes políticas, a veces mediante auténticos malabarismos que, vistos en perspectiva histórica, plantean retos a la comprensión.

Se deriva de esto que los usos de la figura heroica pueden esgrimirse desde las ideologías más diversas. Y que en nombre de su pensamiento y obra pueden instalarse regímenes que buscan destruir el más preciado de sus legados: la libertad. Sin embargo, en aquel momento a GCD, lejos de pensar que la espada del militarismo se estaría afilando en aquella Venezuela ahíta y ensordecida por las celebraciones bicentenarias, lo que más le ocupaba del estudio del fenómeno ideológico constituido en torno a la figura, el pensamiento y la obra de Bolívar era el sacrificio de la creatividad. La primera ley del creador era crear obviamente. Lo más importante no era evocarlo, sino encontrar motivos para no hacerlo. Una valoración herética del héroe pasaría por “practicar la percepción creativa de la propia realidad, y en no tomar el atajo de la invocación de un pensamiento para proceder a adaptarlo hasta suplir el esfuerzo creativo”, Carrera Damas *dixit*. De esta manera habría procedido el propio Bolívar pensador y teórico de la independencia de las colonias españolas de América, mas no harían lo mismo los herederos de su legado fundamental. Como siempre el eunuco bufa, es su costumbre. El tema era de suyo complejo, las palabras agudas y los efectos imprevisibles. En consecuencia, al autor no le quedaba más que sacudir el auditorio que no era otro que el de ‘la América toda que existe en nación’, como rezaba la canción caraqueña de 1810:

Lo que Simón Bolívar les está diciendo a los latinoamericanos de hoy es que deben evitar el fácil expediente de recurrir a las muletas en que ha sido convertido su pensamiento y producir su propia teoría del presente latinoamericano.

Lo primero sería no imitar a nadie, mucho menos tergiversar y, peor aún, manipular. En este mismo trabajo se encuentra en ciernes otro aspecto de la mayor importancia que se desarrollará posteriormente, a la luz del acontecer venezolano reciente. Dentro de las operaciones de manipulación presentes en el culto a Bolívar se precisa una doble función: servir el pensamiento, la obra y personalidad de éste como “ideología de reemplazo y como factor legitimador de toda suerte de actitudes, posturas y aun proposiciones ideológicas”⁶. El pensamiento de Simón Bolívar se convierte, así, en referencia universal e ineludible del pensamiento americano. Las extensiones y extrapolaciones de la gesta bolivariana, en un afán por ser originales sin serlo, acaban por vulgarizar y disminuir su auténtica riqueza. El resultado de tanta mulatez intelectual, de tanta chatura ética y estética acumulada no se hará esperar. La tendencia era: “...convertir el pensamiento referido a Bolívar en el pensamiento de Bolívar, dotándolo de paso de los atributos de la universalidad, de la intemporalidad y de la compulsión casi religiosa”.

HISTORIA CRÍTICA, LA BÚSQUEDA HISTÓRICA DEL SENTIDO

*“(...) pues ocurre que la polémica es,
en definitiva, conmigo mismo”.*

**G.C.D.
1995**

Vistas las cosas de esta manera, el corolario no se hará esperar: El discurso histórico, tal como es entendido y practicado por GCD, ha de ser crítico. Es parte de la historia, no es su crónica o su descripción, es un intensificador y operador del poder, con sus rituales y funerales, elegías y epitafios, consagraciones y ceremonias. De esta manera no es extraño su enorme interés desde muy temprano tanto por los principios del método crítico como por el estudio de la historia de la historiografía venezolana, es decir, por el

⁶ Este argumento daría oportunidad para dictar –casi dos décadas más tarde– en el 2000, un seminario sobre el bolivarianismo-militarismo actualmente en desarrollo en Venezuela, ver *“Alternativas ideológicas en América Latina Contemporánea (El caso de Venezuela: el bolivarianismo-militarismo)”*, Universidad de Florida, Gainesville, 2001. Cuestión que pone en evidencia la permanencia de la estructura de poder heroico en la política venezolana.

estudio de la correlación entre el acontecer histórico concreto y la conciencia histórica que ésta debe expresar⁷. Semejante interés no es más que una muestra de cómo exponer críticamente el modo en que las relaciones de poder activan la escritura de la historia mediante la producción de discursos de verdad; suerte de dispositivos de saber-poder que van modelando la comprensión de las sociedades sobre sí mismas. Tal como ha ocurrido en Venezuela con el culto a Bolívar que llegó a producir la identificación entre los signos más elementales del culto y la nación: “De manera rutinaria esa confusión –escribe Carrera Damas– es cultivada a modo de mensaje patriótico simplificado que sirve de vehículo para la inculcación de una disciplina formal en ámbitos escolares y militares”.

Ante mecanismos ideológicos semejantes, que malforman la condición científica del conocimiento histórico, el autor insiste en afirmar que pueblo que ignora su historia se extravía tanto como aquel pueblo que se guía por consejas. Como ha sido este nuestro caso, la tarea del historiador no puede ser otra que alimentar críticamente la conciencia histórica de los pueblos. Palabras más, palabras menos, GCD nunca ha dejado de insistir: El historiador ha de ser, por sobre todo, una mente crítica en acción⁸. El discurso histórico constituye, así, una fuerza cuya dirección es modificable en manos del historiador, pero los conocimientos que contiene ocupan un campo estratégico y son elementos de táctica variable para la conducción de los pueblos. El discurso histórico es un discurso-fuerza. Por eso los mecanismos narrativos de una historia acomodaticia y acrítica como la historia patria, pueden ser instrumentos tácticos utilizables por estrategias discursivas diferentes. Analizar estos instrumentos y estrategias logra Carrera Damas al desnudar los mecanismos justificadores de la estructura de poder, con todo y su sistema de dominación, que las élites llamadas patriotas pretenden disimular. Y lograr esta reorientación táctica no puede hacerse sin olvidar los principios que aporta la ciencia política, la filosofía, la sociología, la antropología, la economía o el derecho. Para pensar las relaciones políticas habrá que abandonar el determinismo económico al que el poder se entrega, distribuye y comparte, por el modelo histórico. Es decir, se trata de estudiarlas como relaciones de fuerza que se entrecruzan, remiten unas a otras, convergen o, por el contrario, se oponen y tienden a

⁷ Véase su monumental *Historia de la historiografía venezolana (Textos para su estudio)*, tres volúmenes, Universidad Central de Venezuela, Caracas 1961-1997.

⁸ Sobre las bondades del método crítico en historia como antídoto tanto contra las verdades absolutas como contra las verdades cómodas, véase su *Aviso a los historiadores críticos: “... Tantos peligros como corre la verdad en manos del historiador...”* Andrés Bello, Ediciones Ge, Caracas, 1995.

anularse. En fin, más que privilegiar la economía o la ley como expresiones del poder, el autor insiste en la conveniencia de intentar reconocer las diversas técnicas de construcción que el poder instaura.

No nos asalta la menor duda de que lo logra. Germán Carrera Damas en este libro – y a lo largo y ancho de su vasta obra– ha producido nuevas líneas en el campo del saber histórico, ha abierto nuevos horizontes por cuyos intersticios hemos mirado al menos dos generaciones de científicos sociales. Los grandes temas de la nacionalidad han sido desde el origen disputados con palabras y conceptos, insisto, sin que la frase desborde el contenido. *Venezuela: Proyecto nacional y poder social* aporta un principio de inteligibilidad para explicar la cuestión nacional en términos de verdaderas relaciones de fuerza. Es una suerte de drama en tres actos: reconstruye los hilos estratégicos del proyecto nacional venezolano, traza las líneas de separación moral entre ellos y restablece en su dimensión crítica los puntos constituyentes de la política, de la sociedad y de su historia.

Del problema sociológico de la integración nacional se pasa al campo de las fuerzas entre las élites y la revolución, del establecimiento de la estructura de poder interna a los equilibrios de las partes integrantes del proyecto nacional. Pero también se sustituyen los vocabularios. El lenguaje heroico para exaltar un momento de la historia de la sociedad cede al lenguaje crítico para develar la trampa ideológica que este contiene. La idea heroica, con la figura, el pensamiento y la obra de Simón Bolívar, indica relaciones de fuerza, sistemas de justificaciones, juegos de representaciones, revoluciones reaccionarias y no la paz acomodaticia de viejos esquemas intelectuales. La disputa de la independencia, con todas sus consecuencias, adquiere acepciones inesperadas en el campo ideológico-político. Carrera Damas pondera los conceptos de acuerdo con su recorrido entre los diferentes saberes que componen el discurso histórico. A fin de cuentas, las figuras de la moral, de la tolerancia, los principios de la libertad, de la igualdad no forman parte principal de este libro. Su autor sabe que estas no son otra cosa que figuras del poder. Lo que contiene en ciernes esta obra es la reconstrucción de la memoria de las luchas presentes en la construcción de la nación, encubierta y postergada siempre por la sonrisa de los triunfadores.

Subyace a toda sus páginas la búsqueda histórica del sentido, de las palabras y los hechos de la nacionalidad. Donde el elemento simbólico ocupa lugar privilegiado. En lugar

de mirar la formación de las repúblicas, primero, y de las naciones, luego, como producto del arrebato de pensadores y hombres de acción temerarios que se creían hacedores de pueblos y naciones y que, megalomanía aparte, hicieron eso y más; en lugar de hacer eso, repito, este libro explora fragmentariamente un inventario de los enseres de la casa del prócer, como lo ha escrito Ezequiel Martínez Estrada; o reconstruye los rostros modelados entre el bronce y la polilla, según metáfora del propio autor. Es que seguir y aclarar el hilo del orden social en verdad requiere de los servicios de lo simbólico, *tout court*. Este hecho tan elemental ha sido claramente entendido por un historiador de mirada larga y penetrante, tanto como el hecho de que un exceso de heroísmo hiere la creatividad social y la vida misma de las sociedades.

No ha de soslayarse, finalmente, el notable efecto pedagógico que contiene esta obra. En el país de los excesos heroicos poco o nada se piensa sobre los significados del pasado. Al invocar en profundidad el rastreo de cómo hemos interpretado y contado nuestras historias, el autor nos convida a trascender la historia sentimental y pequeña para hacer irrumpir en ella las fuerzas sociales e ideológicas, motor de nuestra realidad temporal. Por ello, aunque la historia de la independencia –en la cual tanto insiste este libro– no constituya el total de la historia de la nación venezolana, sí es una suerte de punto de partida que ordena y rige las demás historias y el devenir de los estilos de contarla. El trabajo arduo y sostenido por más de cincuenta años comienza a arrojar frutos visibles y, también por qué no, comestibles a la luz de nuestro presente.

No hay muchas vías alternas. Si pretendemos una sociedad más inteligente y con mayor conciencia histórica, hay que trabajar mucho para desaprender gran parte de lo que se da por sabido y reaprender el hábito de pensar y enriquecer nuestra visión de las cosas y de nosotros mismos, lo que significa también estar atentos a los pensamientos y a las emociones generados por el otro. De alguna manera debemos manejanos más conscientemente. Sólo así lograremos realizar la verdadera revolución que no es otra que la transformación interior que nace de nuestro propio proceso de pueblo y no sometido a la égida heroico-estatal. La obra que el lector tiene en sus manos contribuye indudablemente a ello.

Luis Ricardo Dávila
septiembre, 2006